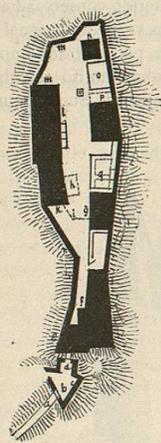


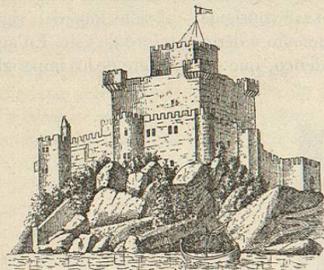
Bolonia y Ferrara, atrajeron de nuevo la suerte a la causa imperialista en la Alta Italia. Bajo la impresion de estos triunfos renació la energía del emperador, el cual se dedicó con mayor ardor a hacer los preparativos necesarios, aun a riesgo de aniquilar a su esquilmo reino hereditario bajo el peso de tanta carga, y concibió nuevos proyectos con que exterminar a sus adversarios vencedores. Pero en estas circunstancias le sorprendió la muerte, despues de una corta enfermedad. En Fiorentino, lugar cercano a la ciudad saracena de Luceria, sintióse atacado, a principios de diciembre de 1250, de una disentería; cuando comprendió que se acer-

caba su última hora, hízose vestir con el hábito de los cistercienses, fué confesado y absuelto por el arzobispo Beraldo de Palermo, que siempre le habia sido fiel, y falleció el día 19 de diciembre de 1250 (1) en los brazos de su adorado hijo el jóven Manfredo, que era su predilecto desde que habia perdido a Enzo. Federico fué enterrado en la capilla de la antigua catedral normanda de Palermo, al lado de su padre y de su madre y cerca de su primera esposa. En un magnífico sarcófago de pórfido, sostenido por cuatro leones, fué depositado su cuerpo, cubierto de vestiduras orientales con inscripciones árabes bordadas; con él fueron enterradas su espada,

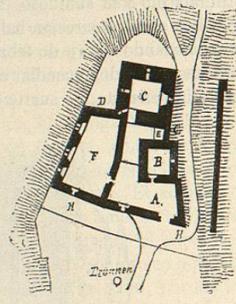


Planta del castillo de Wurtzburgo, en Alemania (construido entre los años 1067 a 1075)

a. Carretera. b. Puerta exterior. c. Muro de una obra exterior construido en época mas reciente. d. Puente levadizo. e. Torre de la puerta. f. Habitación de los caballeros. g. Habitaciones con estufa. h. Torre principal. i. Separación de la parte interior del castillo de la exterior. k. Habitación con estufa de la esposa del castellano. l. Habitación de este último. m. Edificio accesorio. n. Torre meridional. o. Cervecería. p. Arsenal. q. Jardin. r. Muro de recinto.

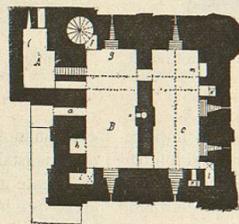


Castillo normando de la Faconara, en Sicilia (siglo XIII)



Planta del castillo de Hapsburgo.

a. Casa de la torre. b. Torre grande. c. Torre principal. d. Muro de recinto. e. Postigo. f. Casa habitación. g. Muro que cierra el antiguo postigo. h. Foso.



Planta de la torre de Rochester, en Inglaterra (siglo XII).

Tipos de fortificaciones en los siglos XI, XII y XIII

el globo imperial y la corona, de que le habian desposeido pero que no habian podido arrebatarle sus implacables enemigos.

La muerte de Federico decidió la lucha entre el imperio y el pontificado: justificado fué, pues, el júbilo que reinó en Lyon, donde se hicieron los aprestos necesarios para extirpar a la familia Staufen y aniquilar a su partido, completando con ello el triunfo de la Iglesia. No en todas partes, sin embargo, se pensó así; la piadosa comunidad que se habia formado en tiempo del emperador Enrique VI, para practicar la doctrina del abad Joaquin de Fiore, natural de Calabria, que tenia, segun fama, el don de profecía, continuó observando con recelo creciente la marcha cada vez mas mundana de la Iglesia y esperó con fe el cumplimiento de las misteriosas profecías de su venerado maestro, segun las cuales estaban cerca el reino milenario y la llegada del Antecristo que habia de destruir la Iglesia, degenerada e infiel a su verdadera mision, a fin de ceder el puesto a la Iglesia perfecta y verdadera. Estas ideas contaban con numerosos

partidarios, especialmente en la órden minorita, en la cual se habia arraigado la creencia de que Federico II se proponia aniquilar la Iglesia, confirmando en cierta manera esta creencia los desahogos apasionados de los papas y sus defensores, que habian calificado al emperador de babilonio, de Antecristo y de nuevo Neron; mas habiendo muerto Federico sin completar su obra, nació entre los minoritas, adeptos fieles de las doctrinas del abad Joaquin, la creencia de que el emperador no habia muerto, sino que estaba solamente oculto para volver mas tarde a concluir la destruccion de la Iglesia. Tal fué el origen de la leyenda, tan popular en Alemania, que en el transcurso del tiempo confundió las personas y las cosas, suplantando al emperador Federico II con Federico I Barbaroja, que al cabo de mil años habia de reaparecer para devolver al imperio aleman todo su perdido esplendor.

(1) Véase Schirrmacher: *Los últimos Hohenstaufen*, pág. 393.

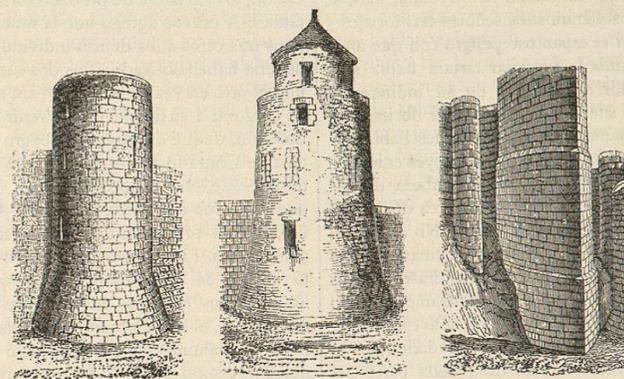
CAPITULO IV

DESCOMPOSICION DEL IMPERIO Y EXTINCION DE LOS STAUFEN

(1250-1268)

Los gritos de triunfo que resonaron en Lyon y en el campo papal a la noticia de la muerte de Federico II, fueron elocuente testimonio del temor que habia inspirado a tantos enemigos poderosos y temibles aquel hombre excomulgado y anatematizado, pero que con su inteligencia y energía podia, hasta en el momento postrero, suscitar un cambio súbito de fortuna a su favor. Despues de su muerte podia respirar ya la corte pontificia, que no tenia nada que temer de él ni

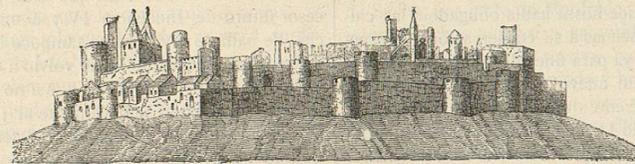
tampoco de Francia e Inglaterra, naciones que en vida de Federico II podrian haber acudido, movidas por su orgullo nacional, en auxilio del imperio neo-romano. A pesar de toda esta tranquilidad, no se dió la curia romana punto de reposo en sus ambiciosos planes de dominio universal y en su tenaz afan de cumplir al pié de la letra el programa de odio y de persecucion de los Staufen proclamado en Lyon; la conducta de la curia romana se adaptó fiel y decididamente a estas terribles palabras de Inocencio IV: «Que se extermine hasta el nombre de ese babilonio y lo que de él queda, sus descendientes y toda su generacion.» Entre la Iglesia y los Staufen no podia haber paz ni tregua. Tan penetrado estuvo Federico del principio trascendental que se



Torre de la muralla de recinto de Provins, en Francia (siglo XII)

Torre del castillo de Fougères, en Francia (siglo XII)

Torre del castillo de Loches, en Francia (siglo XII)



Ciudad alta de Carcasona, construida a fines del siglo XI, con doble muralla de 1,500 metros de perímetro y 50 torreones

Tipos de fortificaciones en los siglos XI y XII

habia disputado en los tres lustros de lucha, tan abundante en peripecias, y tan persuadido al propio tiempo de la magnitud de la catástrofe que la victoria de la Iglesia habia de causar, no solamente a su familia y a su imperio sino tambien a la institucion monárquica en general, que hasta en sus postrimerías procuró poner a salvo sus privilegios y derechos, trazando a sus sucesores las sendas que habian de seguir para continuar defendiéndolos. Su padre, el emperador Enrique VI, quiso en su lecho de muerte asegurarse los buenos auspicios de la Iglesia para que al menos tolerara los caracteres fundamentales del plan político de los Staufen, mostrándose en demasía condescendiente con ella; pero su hijo Federico II no pensó siquiera en hacer las concesiones mas leves, porque conociendo por experiencia el espíritu y los fines de la política romana, no podia alimentar la menor esperanza de que se llegara a un acuerdo entre el imperio de los Staufen, con todas sus pretensiones y derechos, y la Iglesia. El contraste era demasiado grande para admitir avenencias; solo con la desaparicion de una de las partes

podia cesar; no habia otra solucion posible: ó todo ó nada, la victoria completa de uno de los dos contendientes y la ruina total del otro. Con esta conviccion dispuso Federico, en su testamento, al ver su muerte inevitable y cercana, que la Alemania y la Italia habian de continuar siempre reunidas bajo un mismo cetro, y nombró sucesor suyo en ambos países al rey Conrado IV, y para sucesor de este, caso de morir sin herederos directos, a su hijo Enrique, nacido de su matrimonio con Isabel de Inglaterra, y si este tambien moria sin dejar hijos, habia de sucederle Manfredo. Este último recibió en propiedad el importante principado de Tarento, y además dispuso Federico, en su testamento, que habia de gobernar Manfredo toda la Italia en calidad de lugarteniente de Conrado IV, con todas las prerogativas reales, mientras este permaneciera en Alemania. A Enrique dejó el reino de Jerusalem, ó bien la Borgoña, atendida la poca esperanza de conservar aquel, y a Federico, hijo del rey Enrique VII, el Austria y la Estiria, como hijo de Margarita de Babenberga.

Lo malo fué que á la muerte de Federico II habian desaparecido ya las condiciones en las cuales habria sido posible cumplir las disposiciones del testamento, y pronto se transformaron Alemania é Italia en un caos, en el que desapareció el último resto de cohesión y espíritu colectivo, con todo el órden político que hasta entonces bien ó mal habia existido. De este caos surgieron fuerzas y poderes nuevos, que se establecieron y consolidaron sobre bases nuevas tambien. Esta descomposicion fué mas rápida en Alemania que en otro país alguno, porque allí existia aun comprimida la tendencia centrífuga primitiva. Desde su corta estancia en Alemania, en el año 1237, no habia vuelto Federico á pisar este país, dejando que allí, donde nada podia conseguir sin abandonar otros proyectos cuya realizacion le interesaba mas, se hicieran completamente soberanos los señores territoriales y se arreglasen entre sí. Ni el espantoso peligro con que amenazó en 1241 á la Alemania la invasion tártara habia sido bastante para hacer salir á Federico de su indiferencia respecto de este país, de suerte que bien podia decirse que no habia ya rey de Alemania, y que los alemanes habian de considerar como seres sobrehumanos á unos reyes como los sajones Enrique y Oton I, que puestos á la cabeza de sus huestes, rechazaron á las hordas húngaras cerca de Merseburgo y en la llanura del Lech, en Baviera. No era, pues, de extrañar la falta de todo afecto de los alemanes hácia los Staufen y su buena ó mala estrella, y que mirasen á estos reyes casi como extranjeros. A esta carencia de amor y cariño habia contribuido poderosa y directamente la aversion que inspiraba á Federico II el desarrollo de las ciudades, con lo cual se enajenó tambien la voluntad de aquella parte del pueblo alemán que, siempre que fué necesario, se mostró mas fiel y más dispuesta á hacer sacrificios por sus reyes ó emperadores, y que conservaba en medio de la descomposicion general el gérmen de una nueva sociedad robusta y próspera. Cuando se conoció el error, ya fué tarde, y no pudo deshacerse lo hecho; la política hostil habia obligado á las ciudades á atender por sí mismas á su conservacion y prosperidad, aliándose entre sí, ya para fines de comercio, ya para su defensa, creando así un nuevo elemento favorable á la disgregacion siempre creciente del país. Esta fué una parte de la herencia de Conrado IV, herencia que ni en valerosa lucha llegó á conquistar, porque derrotado con su hueste cerca de Oppenheim por Guillermo de Holanda, su competidor á la corona de Alemania, y sin recursos, hubo de convencerse de la inutilidad de prolongar la lucha por una corona que de nada le servia, mientras desde Italia se le apremiaba para que acudiera allí en defensa de sus intereses.

Inocencio IV habia regresado á la península como vencedor, decidido á destruir el poder de los Staufen en su último baluarte, la Sicilia, donde lo defendia Manfred, digno émulo de su padre, de cuyo despotismo supo prescindir gracias á su carácter humanitario, amable y jovial, que le captó las simpatías que su padre habia perdido. Allí fué, pues, donde la lucha entre los dos poderosos adversarios, la Iglesia y los Staufen, tomó grandes proporciones. Inocencio IV anuló, en virtud de su soberanía de señor feudal, toda la legislación de Federico por ser incompatible con los mandamientos de la Iglesia, y desparramó por el país las huestes de sus frailes mendicantes, para que con sermones y otros medios de propaganda apartaran al pueblo de la familia real, excomulgada y anatematizada, y prepararan una sublevacion, haciendo de este modo servir á la Iglesia de elemento disolvente y anarquista; entretanto Manfred se esforzaba con buen éxito y empleando toda su energía, prevision y sagacidad, en rechazar la tempestad que contra él rugía y

preservar al país y á sus habitantes de la influencia perniciosa de su señor feudal. En esta situacion apuradísima instó al rey legítimo, Conrado IV, á acudir al punto del peligro, y cuando este desembarcó, á principios del año 1252, en Siphonto, despues de haberle animado sus partidarios en el norte de Italia en su empresa de reconquistar su patrimonio en la península, fué recibido con todos los honores debidos al rey legítimo por Manfred, con cuyo auxilio reconquistó la Pulla, Nápoles y Capua; pero muy pronto se observó entre los dos hermanos cierta frialdad, divergencias de opinion en asuntos políticos y hasta una rivalidad fatal, porque Manfred era mas italiano que alemán y Conrado puramente alemán, con todos los defectos de su raza y educacion, lo cual habia de producir forzosamente consecuencias fatales. A esto se agregó que la muerte se llevó rápidamente unos tras otros á los demás individuos de la familia, lo cual deberia haber obligado á los dos hermanos á acercarse mas uno al otro en vez de alejarse, para aunar sus esfuerzos á fin de asegurar á su familia un porvenir halagüeño. Primero murió Oton, duque de Baviera, suegro y excelente consejero y guia de Conrado IV, que le miraba como su segundo padre; despues de este, falleció el jóven Federico, hijo de Enrique VII. Con su muerte quedaron Austria y Estiria sin señor, lo cual produjo en el imperio alemán nuevas y fatales confusiones. Finalmente, á principios del año 1254, murió el tierno hijo de Isabel de Inglaterra, cuya muerte atribuyeron los enemigos fanáticos de la familia al mismo hermanastro del difunto, el rey Conrado IV, acusado ya por la curia romana de mahometano y pagano, á fin de excomulgarle solemnemente como á su padre, conforme lo hizo; y cuando Conrado, á pesar de la excomunion, asistió á la misa, y en vista de su union con Ezzelino de Romano, declarado hereje por la Iglesia, lo fué él á su vez, Conrado IV, decimos, protestó de estas acusaciones indignas y del fallo de la curia, demostrando lo infundadas que eran, y apeló de ellas al sucesor futuro de Inocencio IV y á un concilio general, lo cual de nada le sirvió, como tampoco habia servido á su padre, porque Inocencio IV le volvió á excomulgar en Roma el Jueves Santo del año 1254. Así no quedó otro recurso á Conrado que apelar públicamente al Juez supremo. Al propio tiempo fué excomulgado el defensor mas temible de Conrado, Ezzelino, no ya solamente como hereje declarado sino como enemigo de la humanidad entera, amenazándole con la confiscacion de sus bienes y cesion de los mismos á su hermano y enemigo mortal Alberico de Romano.

Por supuesto que el papa Inocencio tampoco reconoció los derechos de Conrado IV á la Italia meridional y la Sicilia; mas á pesar de su odio inexorable y todo su furor, quedaron siendo letra muerta los decretos de excomunion y de deposicion mientras careció el pontífice de la fuerza material de ejecutarlos, para lo cual era preciso el auxilio extranjero; con objeto de encontrarlo ofreció la corona de Sicilia, como feudo de San Pedro, á Edmundo, hijo menor de Enrique III, rey de Inglaterra, y primo de Conrado IV, con la condicion de arrojar del país á los Staufen. Enrique III estaba dispuesto á aceptar, pero la situacion interior de Inglaterra no se lo permitió, porque la prolongada contienda con el parlamento con motivo de la constitucion, ó sea la Magna Carta, habia debilitado la posicion de este rey, y la nacion, quejosa además de las exacciones y extorsiones practicadas por la curia, no estaba dispuesta á concederle los recursos indispensables para tamaña empresa, que en nada le interesaba y solo podia halagar á la ambicion del rey, que, por lo mismo, hubo de renunciar á su proyecto. Por lo demás, antes de decidirse esto, falleció Conrado. Su muerte, que empeoró notablemente la causa de los Staufen, ocurrió en el cam-

pamento de Lavello, cerca de Melfi, el 21 de mayo de 1254, hallándose ocupado en hacer considerables aprestos para someter la Italia del Norte, y una vez conseguido, acaso tambien la Alemania. Conrado IV murió á la temprana edad de 26 años; su cadáver, sepultado en la catedral de la ciudad de Mesina, fué consumido por un incendio el mismo dia de su entierro, junto con el venerando templo en que se le depositó.

Puede formarse una idea del recelo que atormentaba el pecho de Conrado contra su hermano Manfred, cuya inteligencia y actividad superiores le alejaban de él, por el hecho de que, contra la voluntad testamentaria de su difunto padre, nombró regente á nombre de su hijo, que solo contaba dos años, y en lugar de Manfred, á un alemán conocido por su brutalidad, Bertoldo, marqués de Hohenburgo, que ni conocia el país ni era conocido de los habitantes. Esta desavenencia entre Conrado y sus partidarios alemanes por un lado, y Manfred y sus sicilianos y demás partidarios italianos por otro, hubo de manifestarse en toda su crudeza precisamente cuando el porvenir del imperio de los Staufen estribaba en un tierno niño y en la union mas íntima y resuelta de sus partidarios. La discordia entre el elemento italiano y el alemán era el cáncer que devoraba el imperio de los Staufen desde Enrique VI y que habia estado contenido por algun tiempo gracias al despotismo férreo de Federico II. La muerte de Conrado, léjos de ser lamentada por los italianos adictos á los Staufen, fué motivo de satisfaccion para ellos, porque les infundia la esperanza de ver rota su union anómala con Alemania y de poder tener en Manfred un rey nacional é independiente. No fué el nombramiento del marqués de Hohenburgo el único error que Conrado cometió en su lecho de muerte, sino que nombró al enemigo acérrimo de su raza, el papa Inocencio IV, tutor de su hijo Conrado, llamado por los italianos Conradino. No se comprende semejante ceguedad, porque si creyó desarmar con esto el odio que la curia tenia á su raza, se equivocó lastimosamente y lo que hizo fué poner á su disposicion el medio que le faltaba para realizar sus proyectos sobre la Sicilia. No solamente entregó á su hijo en poder de quien mas interés tenia en despojarle de sus derechos, sino que tambien le autorizaba y hasta encargaba de hacer una guerra á muerte al único hombre capaz de salvarlos. Enaltece mucho á Manfred el haberse sobrepuesto á la justa indignacion que forzosamente hubo de causarle este agravio brutal, el haber reprimido la no menos fundada del partido nacional, haber prestado su apoyo á la política pacífica del nuevo regente, y hasta el haberse prestado á ir en calidad de embajador suyo á Agnani para conseguir de Inocencio IV la legalizacion del testamento de Conrado IV y el reconocimiento de los derechos del tierno infante Conradino, lo cual fué, como puede pensarse, trabajo perdido, porque el papa, si bien condescendió admitiendo en el juramento que el heredero estaba obligado á prestarle, como á soberano feudal suyo, una cláusula que podia en cierta manera pasar por una especie de reconocimiento de sus derechos, exigió no obstante la entrega del reino de Sicilia y aun hizo preparativos para apoderarse de él por fuerza y para arruinar la causa de los Staufen con las armas invencibles de la Iglesia. Para resistir á estas armas con alguna esperanza de éxito habria necesitado el nuevo regente el apoyo de las simpatías de la nacion y que hubiese sabido despertar, como representante genuino de las tradiciones elevadas de la familia imperial, el entusiasmo de todas las clases para hacer los sacrificios que tamaña lucha exigia. Pues bien, nada de esto se encontraba en el regente Bertoldo de Hohenburgo, aunque por lo menos tuvo el talento de conocerlo

y de dimitir por su propio impulso la regencia, en cuyo cargo solo habia cometido torpezas y sembrado desgracias. Suplicó á Manfred que ocupase su lugar, pero este se negó á ello diciendo que no podia aceptar la responsabilidad del resultado de los conflictos que el marqués habia originado en el interior y exterior con sus disposiciones imprudentes. Al fin, y despues de muchos ruegos, cedió á las instancias de los grandes del reino y ocupó el puesto que por el testamento de su padre le habia correspondido desde el momento de la muerte de su hermano Conrado IV. Apenas se hubo encargado de la regencia, vióse rodeado de intrigas y traiciones, siendo el primero de los intrigantes el ex-regente Bertoldo de Hohenburgo, que establecido en la Pulla retuvo en su poder con pretextos vanos el tesoro de Conrado IV, sin el cual Manfred no podia rechazar los ataques del papa, que habian empezado ya, y cuyas tropas se apoderaron entretanto de la importante plaza fronteriza de San Germano. A consecuencia de este golpe hicieron los nobles de aquella comarca la paz con Roma y el mismo ex-regente se dispuso á pasar á las filas papales para hacer armas contra su rival Manfred. Viendo este que ya no era posible conservar sus posiciones en la península, cambió súbitamente de actitud y se declaró dispuesto á reconocer las pretensiones del papa y á entregar á la Iglesia el reino de Sicilia con la Apulia, reservando los derechos de Conradino, de que Inocencio IV habia hecho hasta entonces mencion en diferentes ocasiones. Este atrevido cambio de conducta dió por de pronto el resultado apetecido, porque á fines de setiembre de 1254 se hizo la paz, y el papa confirmó á Manfred, en recompensa de su sumision á la voluntad de la Iglesia, la posesion hereditaria, en calidad de feudo, del principado de Tarento con los condados pertenecientes al mismo, prometiéndole además grandes recompensas por los servicios que en adelante prestaria á la Iglesia; pero no se habló mas de los derechos de Conradino sobre el reino de Sicilia; por parte de Manfred, quizás porque creia que estos derechos quedarian garantidos con la admision por parte del papa de la reserva mencionada, mientras este pensó de muy diferente modo y hasta se propuso en su interior servirse de Manfred para anular completamente todas las pretensiones y derechos de herencia de los Staufen; tanto fué así que ofreció á Manfred el puesto de lugarteniente del papa en la Apulia, cargo que llevaba consigo el reconocimiento de la soberanía del papa en el reino de Sicilia; y si Manfred conservaba todavia alguna ilusion, hubo de renunciar á ella cuando Inocencio IV llegó, en octubre de 1254, con toda la pompa eclesiástica y civil, á Nápoles, pasando por San Germano, Monte Casino, Teano y Capua, presentándose en todas partes como soberano y dueño.

Pronto hubo de convencerse Manfred de que la reconciliacion con la curia le habia puesto en las garras del leon y que su perdicion era cosa decidida, cuando un suceso inesperado precipitó la ruptura. Entre los barones que se habian sometido al papa y que bajo su égida se habian declarado contra Manfred, fué uno de los mas insolentes Borello de Aglone, que en tiempo de Federico II se habia hecho culpable de alta traicion. Este, con el asentimiento secreto del papa, se posesionó del condado de Alesina, del cual Manfred era señor feudal, y contando con el apoyo de la curia, contestó á las protestas de este no solamente con insolencias, sino que le tendió una emboscada cerca de Teano; pero descubierto por la gente de aquel, huyó, y herido por un hombre de armas de la escolta de Manfred, cayó en manos de los labradores que, alarmados por la noticia falsa de la muerte de su señor, le mataron. Manfred, si bien